¿Dónde termina el tiempo?

Los Tres Ahoras

Para siempre. Nunca.

Una meditación sobre los estados finales

Oscar Gaitan

Abril de 2026

I N D I C E

I. El prefacio de esta indagación

II. Lo que significaría el fin del tiempo

III. El Cielo: el Ahora sin fin

IV. El Purgatorio: ordenado hacia el Ahora

V. El Infierno: el Ahora invertido

VI. Los tres Ahoras

VII. El cuerpo resucitado y el fin del argumento

I. EL PREFACIO DE ESTA INDAGACION

Estos ensayos no pretenden descubrir una nueva doctrina. Pretenden mirar las antiguas desde un ángulo poco habitual — encontrar en la estructura del tiempo, la geometría de la voluntad y la lógica del Ahora un conjunto de imágenes que puedan ayudarnos a ver, con ligeramente mayor precisión, lo que la tradición siempre ha creído. El objetivo no es la novedad. Es la claridad. No un nuevo mapa del mundo invisible, sino una luz diferente que cae sobre un mapa que ya tenemos.

Dicho esto: lo que sigue presionará el marco desarrollado en los ensayos anteriores hacia un territorio para el que no fue originalmente diseñado. Establecimos que el tiempo es la condición del cambio ordenado — que sin materia y espacio no hay nada que el tiempo pueda estructurar, y sin cambio no hay tiempo. Establecimos que el Ahora es el punto de cruce invariante en el que ocurre toda actualización — el único lugar donde opera la voluntad, donde la misericordia está disponible, donde algo genuinamente nuevo puede entrar en la realidad. Establecimos que Cristo es el eje de cada Ahora — el fundamento de toda misericordia, presente en cada punto de cruce, aquel en quien todo el tiempo es sostenido simultáneamente.

Ahora preguntamos: ¿qué ocurre cuando el tiempo termina?

No para el universo — esa es una pregunta diferente. Para la persona. Para el alma que ha recorrido el lemniscate desde el nacimiento hasta la muerte, cruzando el Ahora diez mil veces, orientando su voluntad en el punto de cruce hacia o en contra de lo que siempre estuvo presente allí. ¿Cuál es la estructura de lo que aguarda?

La tradición nombra tres estados finales: el Cielo, el Purgatorio, el Infierno. No tres lugares en el espacio — la propia tradición es cuidadosa con esto, más cuidadosa de lo que la imaginación popular permite. Tres modos de existir en relación definitiva con el Dios que es, en la gramática del Éxodo, simple y absolutamente: YO SOY.

II. LO QUE SIGNIFICARIA EL FIN DEL TIEMPO

Para pensar el Cielo, el Purgatorio y el Infierno a través de este marco, debemos preguntarnos primero qué significaría que el tiempo terminase — no que se ralentice, no que se adelgace, sino que cese estructuralmente.

Establecimos que el tiempo depende del cambio, el cambio depende de la materia y el espacio, y la materia y el espacio juntos con el cambio producen el movimiento lemniscato de la realidad — el cruce continuo del Ahora, los bucles de la memoria y la anticipación curvando lejos y hacia el centro invariante. Elimina el cambio y eliminas el tiempo. No porque el tiempo sea suprimido, sino porque la condición que lo genera ya no está presente.

La muerte retira el cuerpo. No permanentemente — la resurrección del cuerpo es una confesión irrenunciable de la fe cristiana, y volveremos a ello. Pero en el momento de la muerte, el alma queda separada de la materia y el espacio a través de los cuales actuaba en el mundo. Ya no puede iniciar cambios en el orden creado. No tiene órganos de percepción, ni manos que levantar en ofrenda, ni

lengua para formar una oración, ni neuronas a través de las cuales un nuevo pensamiento cristalice en decisión. El sustrato estructural de la existencia temporal ha desaparecido.

Esto no significa que el alma deje de existir. Significa que el alma existe fuera de la condición que hizo posible su viaje temporal. Ha salido, en un sentido preciso, del lemniscate — no escapando de la realidad, sino abandonando el modo de realidad en el que el antes y el después tienen significado.

¿Qué permanece?

La voluntad. Y su orientación definitiva.

III. EL CIELO: EL AHORA SIN FIN

El alma que muere en plena comunión con Dios — plenamente purificada, plenamente vuelta hacia el punto de cruce, su voluntad orientada sin resto hacia aquel que mantiene abierto el Ahora — entra en lo que la tradición llama la Visión Beatífica. La presencia inmediata, directa, de Dios. Cara a cara, como escribe Pablo, ya no a través de un espejo oscuro.

¿Qué significa esto en el lenguaje del marco?

En la vida temporal, todo acceso a Dios estaba mediado a través del Ahora — el punto de cruce por el que el alma pasaba continuamente, encontrando la presencia que fundamenta toda actualización. El acceso era real. Lo que David recibió en el punto de cruce fue genuinamente recibido. Lo que el místico toca en la oración contemplativa es genuinamente tocado. Pero siempre fue acceso a través de un punto — un cruce, un umbral, una orientación momentaria antes de que el bucle llevara al alma hacia el siguiente momento de la sucesión.

El Cielo es lo que ocurre cuando el punto de cruce deja de ser un punto de paso y se convierte en un lugar de morada.

No un momento en el centro del lemniscate sino residencia en él. Los bucles no desaparecen — el alma permanece ella misma, con su historia, su particularidad, su identidad irrepetible constituida por cada cruce que jamás realizó. Pero el movimiento de bucle a cruce a bucle cesa. El alma ya no está en tránsito. Ha llegado a aquello hacia lo que el tránsito siempre cruzaba.

La gran frase de Agustín se sostiene aquí con precisión estructural: nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti. En la vida temporal, la inquietud era el movimiento del lemniscate — el alma incapaz de quedarse en el punto de cruce, siempre llevada por los bucles de la memoria y la anticipación hacia el siguiente momento, la siguiente necesidad, la siguiente incompletud. En el Cielo la inquietud termina. No porque el alma sea extinguida — el reposo no es extinción — sino porque la condición que producía la inquietud, la imposibilidad estructural de permanecer en el punto de cruce mientras aún se está en la sucesión temporal, queda resuelta.

Esto no es pasividad. La tradición habla del Cielo como plenitud de vida, los santos intercediendo, participando en la vida divina, conociendo y siendo conocidos. Pero es vida sin la flecha del tiempo presiónándola. Actividad sin incompletud. Presencia sin la ansiedad del próximo momento.

¿Y el cuerpo? La resurrección del cuerpo — proclamada por la Escritura, confesada en el Credo, insistida por Pablo contra toda reducción espiritualizante — significa que el Cielo no es incorpóreo. El alma no se convierte en un fantasma. Se convierte, tomando la resurrección de Cristo como primicia y modelo, en un cuerpo que ya no depende de la materia y el espacio para su animación. Un cuerpo que es plenamente él mismo — particular, reconocible, el mismo cuerpo que cruzó el Ahora diez mil veces — pero que ahora existe en un modo para el que no tenemos imagen adecuada, porque toda imagen que tenemos está tomada de la encarnación temporal.

Lo que podemos decir, dentro del marco, es esto: el cuerpo resucitado no es la reinstauración del sustrato del tiempo. Es la glorificación de aquello para lo que ese sustrato siempre estuvo al servicio. El cuerpo era el instrumento a través del cual el alma actuaba en el Ahora — el instrumento de la percepción, la decisión, la ofrenda, el amor. La materia y el espacio eran las condiciones bajo las cuales el alma encontraba el mundo y era encontrada por Dios. El cuerpo no era una prisión. Era el vehículo del cruce.

El cuerpo resucitado es ese vehículo consumado. Ya no el medio del devenir, sino la forma del haber llegado a ser plenamente.

IV. EL PURGATORIO: ORDENADO HACIA EL AHORA

Aquí el marco produce su contribución estructuralmente más precisa a una doctrina ampliamente mal entendida, frecuentemente caricaturizada y — incluso entre quienes la aceptan — raramente pensada con cuidado estructural.

El alma en el Purgatorio está salvada. Esta es la primera e irrenunciable insistencia de la tradición. Ha muerto en la gracia de Dios. Su voluntad, en el momento de la muerte, estaba orientada hacia el punto de cruce — hacia la misericordia que siempre estuvo presente allí, hacia el Dios que es YO SOY. Se ha vuelto. No está en la condición de Adán rechazando el llamado, ni de Caín cuestionándolo. Ha dicho, con la imperfectón que sea, lo que dijo David: he pecado contra el Señor.

Pero lleva marcas. No la mancha del pecado mortal no perdonado — eso sería un estado final enteramente diferente. Sino el residuo del pecado venial, de los apegos no del todo liberados, del amor que aún no ha sido plenamente purificado. La tradición usa la imagen del oro refinado en el fuego — no destruido, sino clarificado. El alma ya es oro. Está siendo purificada de lo que no es oro.

Ahora la pregunta estructural: ¿por qué no puede el alma en el Purgatorio purificarse a sí misma? ¿Por qué depende de las oraciones, la Misa, los sacrificios de los vivos? ¿Por qué la Iglesia ofrece sufragios — no como encantamientos mágicos, no como transacciones que compran alivio — sino como actos genuinamente eficaces en nombre de quienes no pueden actuar por sí mismos?

La respuesta reside en lo que establecimos sobre el tiempo, el cambio y el Ahora.

El cambio requiere actualización. La actualización requiere el Ahora. El Ahora requiere, como sustrato estructural en el orden creado, materia y espacio en transformación. El alma en el Purgatorio no tiene nada de eso. No tiene materia. No tiene espacio. No puede iniciar cambios desde dentro de sí misma — no porque su voluntad esté ausente u orientada en contra de Dios, sino porque la condición estructural para el cambio autoiniciado ha sido eliminada por la muerte.

El alma desea la purificación. Quiere estar preparada. Pero el deseo solo, sin la posibilidad estructural de actualización, no puede moverse. El alma en el Purgatorio no habita el Ahora como lo hacen los vivos — a través de la materia, el espacio y la sucesión — sino que permanece ordenada hacia él como el único punto en el que su purificación puede ser actualizada. Depende de quienes aún están en el Ahora del modo en que una voluntad depende de un cuerpo que ya no tiene: el deseo está presente y plenamente orientado, pero el acto requiere de otro.

Los vivos aún están en el Ahora. Aún tienen materia y espacio y el cruce continuo del punto de actualización. Cuando la Iglesia ofrece la Misa por un alma en el Purgatorio, no está realizando un ritual en nombre de alguien ausente. Está actuando — en el punto de cruce, en el Ahora, con pleno acceso estructural al lugar donde opera la misericordia — como el cuerpo del que esa alma sigue siendo miembro. La ofrenda es hecha por los vivos, en el tiempo, en el Ahora, en nombre de un alma cuya voluntad está unida a esa ofrenda pero que no puede hacerla desde dentro de sí misma.

Esto no es sustitución en el sentido legal. Es comunión en el sentido estructural. Un cuerpo, un Ahora, un punto de cruce — compartido entre quienes aún recorren el lemniscate y quienes lo han abandonado pero permanecen unidos a quienes no lo han hecho. El alma en el Purgatorio ora a través de quienes oran por ella, del modo en que una mano actúa en nombre de todo el cuerpo — no como una transacción sino como una participación.

Los testimonios escritúrísticos de esta doctrina no son accidentales. Judás Macabeo ofrece sacrificios por los muertos porque los muertos pueden beneficiarse de lo que los vivos ofrecen en el punto de cruce (2 Macabeos 12:38–46). La advertencia del Señor — reconcilílate pronto con tu adversario mientras estés en el camino con él, no sea que el adversario te entregue al juez y el juez al alguacil y seas echado en la prisión; en verdad te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo (Mateo 5:25–26) — implica un estado de pasaje purificador entre esta vida y el destino definitivo. Y la advertencia de que el pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en esta era ni en la era por venir implica, como lo lee la tradición, que otros pecados pueden ser atendidos en la era por venir (Marcos 3:29). No como una segunda oportunidad — la orientación de la voluntad queda fijada en la muerte — sino como la consumación de una purificación ya comenzada, llevada adelante por las oraciones de quienes aún están en el Ahora.

V. EL INFIERNO: EL AHORA INVERTIDO

"Lasciate ogne speranza, voi ch'entrate."
— Dante Alighieri, *Divina Commedia*, *Inferno*, Canto III, v. 9.

El Infierno es la doctrina más difícil. No porque sea oscura — la tradición habla de él con descarnada claridad — sino porque parece contradecir lo que hemos establecido sobre el Ahora. Si la misericordia siempre está presente en el punto de cruce, y el punto de cruce siempre está abierto, ¿cómo puede haber un alma permanentemente más allá de su alcance? Si Cristo es el eje de cada Ahora, ¿cómo puede haber un Ahora del que Él esté ausente?

La respuesta no es que Él esté ausente. La respuesta es más precisa, y más terrible.

El alma en el Infierno no está fuera del Ahora. No puede estar fuera del Ahora — nada actual puede estar fuera del Ahora, porque el Ahora es la condición de toda actualización. El alma en el Infierno existe. Es actualizada, momento a momento, en el único modo que tiene la existencia. El punto de cruce está presente. La misericordia está presente. El eje no se ha movido.

Lo que se ha movido — lo que se ha vuelto permanentemente fijo — es la voluntad.

En la vida temporal, la voluntad nunca estuvo permanentemente fija. Esta era la gracia de la sucesión — que los bucles de la memoria y la anticipación seguían llevando al alma de vuelta al punto de cruce, ofreciendo una y otra vez la posibilidad de reorientación. Adán rechazó en un cruce. Pero llegó el siguiente cruce, y el siguiente. El lemniscate no se detiene. Lleva al alma de vuelta al centro continuamente, y en cada centro el llamado se renueva: ¿dónde estás?

En la muerte, el movimiento se detiene. No porque Dios retire el llamado, sino porque el alma — que eligió, a través de la orientación acumulada de una vida temporal, mirar en dirección contraria al punto de cruce — ahora mira en esa dirección permanentemente. La elección que fue ensayada en cada pequeña evasion, cada rechazo del llamado, cada vez que la voluntad se orientó hacia los bucles en lugar de hacia lo que el punto de cruce contenía — esa elección se convierte, en la muerte, en la postura definitiva e irrevocable del alma.

La misericordia está presente. El eje está presente. La puerta, como insiste la tradición, no está cerrada desde fuera. Pero el alma no se vuelve. Nada falta estructuralmente. Lo que falta es la voluntad de recibir lo que está presente.

Esto es lo que queremos decir con el Ahora invertido.

En el Ahora ordinario — el Ahora tal como lo hemos descrito, el Ahora como es para todo alma aún en la sucesión temporal — el punto de cruce es el sitio de máxima apertura ontológica. Es donde la voluntad encuentra la gracia, donde el llamado es emitido, donde el retorno es siempre posible. El Ahora está orientado: se abre hacia lo que lo fundamenta, hacia el YO SOY que lo mantiene abierto, hacia la misericordia que es su contenido permanente.

En el Infierno, el Ahora retiene su estructura — actualización, continuidad, existencia — pero su orientación está invertida. El alma existe en el punto de cruce pero mira permanentemente en dirección contraria a lo que el punto de cruce abre. Cada momento es un Ahora. Pero cada Ahora es una repetición del mismo rechazo. No un rechazo que se vuelve a hacer — fue hecho definitivamente en la muerte — sino un rechazo que se habita, eternamente, como el modo permanente de existir del alma en el centro de un lemniscate cuyos bucles han dejado de moverse.

Esto es lo que Alfonso Liguori oyó en el reloj de la pared.

Para siempre. Nunca. Para siempre. Nunca.

No una secuencia de tormentos que llegan uno tras otro. No un futuro de sufrimiento que se extiende hacia adelante. Un Ahora — un único, permanente, irrepetible Ahora — en el que el sufrimiento no se espera, sino que está plenamente presente; no sucesivo, sino simultáneo: la experiencia perdurable de existir en la presencia de aquello que uno ha rehusado.El reloj no avanza hacia nada. Tic-tac porque la existencia continúa, porque el Ahora continúa, porque el alma es actual y la actualización no tiene pausa. Pero el tic-tac no lleva a ninguna parte. No hay bucle curvándose hacia adelante en la

anticipación, ni bucle curvándose hacia atrás en una memoria que pudiera suavizar o consolar. Solo hay el centro, y la voluntad fijada en el centro en rechazo permanente de lo que el centro contiene.

La tradición dice que la misma presencia divina que es la bienaventuranza del Cielo es el tormento del Infierno. Esto no es una paradoja sino una consecuencia estructural. La presencia de Dios no es diferente en el Cielo y en el Infierno — Dios no modula su presencia según quién la recibe. Lo que difiere es la orientación de la voluntad que la recibe. Una voluntad vuelta hacia esa presencia encuentra en ella lo para lo que fue hecha. Una voluntad vuelta permanentemente en su contra encuentra en ella la exposición insoportable de lo que ha rechazado.

El sol que derrite la cera endurece la arcilla. No porque el sol varíe, sino porque el material difiere. Y aquí el material no es pasivo — es una voluntad que eligió su propio endurecimiento a través de las deflexiones acumuladas de una vida temporal, y en la muerte ese endurecimiento se convirtió en la constitución permanente del alma.

Una precisión más es necesaria, y es importante.

El alma en el Purgatorio no puede cambiar porque carece del sustrato estructural — materia, espacio, el Ahora desde dentro — que hace posible la actualización. Su voluntad está orientada hacia Dios pero no puede moverse por su propio poder.

El alma en el Infierno no puede cambiar por una razón diferente. Está en el Ahora. Tiene pleno acceso al punto de cruce. La condición estructural para el cambio está presente. Lo que está ausente no es la posibilidad sino la voluntad. El alma en el Infierno no carece del Ahora — habita el Ahora permanentemente, inescapablemente, sin el alivio del movimiento de la sucesión llevándola hacia adelante. Lo que le falta es la orientación que haría del Ahora lo que es para todo alma que se vuelve: el sitio de la misericordia, del retorno, del llamado renovado.

Este es el horror preciso del Ahora invertido. No la ausencia del punto de cruce sino su presencia permanente — habitado por una voluntad que no cruzará.

La pregunta nunca es si la misericordia está presente. La pregunta es solo si estás mirándola.

En el Infierno, esa pregunta ha recibido su respuesta definitiva.

VI. LOS TRES AHORAS

Podemos ver ahora los tres estados finales no como tres lugares en el espacio, no como tres relaciones diferentes con la justicia divina, sino como tres modos permanentes de existir en el punto de cruce que Cristo abrió.

En el Cielo, el alma mora en el Ahora sin sucesión. Los bucles del lemniscate no son destruidos sino consumados — el alma retiene su historia, su particularidad, su identidad constituida por cada cruce que jamás realizó. Pero el movimiento ha cesado porque el destino ha sido alcanzado. El punto de cruce ya no se cruza — se habita. Cada momento es el mismo momento, no por repetición sino por consumación. La inquietud del movimiento del lemniscate termina porque aquello hacia lo que el movimiento siempre cruzaba está ahora simple, plena y permanentemente presente.

En el Purgatorio, el alma ya no participa en el Ahora a través de la sucesión temporal, pero permanece enteramente dependiente de él como el único sitio de actualización. Ha dejado el lemniscate — la materia, el espacio y la sucesión temporal han desaparecido. Pero su voluntad, vuelta hacia Dios en el momento de la muerte, permanece ordenada hacia el punto de cruce al que ya no puede acceder desde dentro. Depende enteramente de quienes aún están en el Ahora, aún en el punto de cruce, aún capaces de actualizar — ofreciendo desde dentro del tiempo lo que el alma en el Purgatorio desea pero no puede ofrecer por sí misma. Es el estado más dependiente imaginable, y el más esperanzador — porque el alma sabe lo que está esperando, lo desea sin ambigüedad, y llegará.

En el Infierno, el alma está en el Ahora pero vuelta en dirección contraria a lo que el Ahora contiene. No ha escapado del punto de cruce — nada escapa del punto de cruce, porque el punto de cruce es la condición de la existencia misma. Pero su voluntad, fijada en la muerte en rechazo permanente, mira en dirección contraria a la misericordia que permanece presente en el centro. El Ahora continúa. El tic-tac continúa. La existencia continúa. Pero sin orientación hacia lo que fundamenta la existencia, el Ahora se convierte — en la única imagen adecuada — en un reloj en una pared de una habitación vacía, tic-tac eternamente, marcando nada, contando hacia nada, en la presencia de todo lo que ha rechazado.

VII. EL CUERPO RESUCITADO Y EL FIN DEL ARGUMENTO

Queda un hilo.

Si el Cielo es el Ahora sin sucesión, y si la resurrección del cuerpo es una confesión irrenunciable — no la inmortalidad de un alma desencarnada, sino la plena restauración y glorificación de la persona particular y encarnada — entonces debemos preguntar qué significa el cuerpo resucitado para un marco construido sobre la dependencia del tiempo respecto a la materia y el espacio.

La respuesta, sostenida con ligereza porque la Escritura ofrece imágenes más que explicaciones, es esta: el cuerpo resucitado no es la reinstauración del sustrato del tiempo. Es la glorificación de aquello para lo que ese sustrato siempre estuvo al servicio.

En la vida temporal, el cuerpo era el medio por el cual el alma actuaba en el Ahora — el instrumento de la percepción, la decisión, la ofrenda, el amor. La materia y el espacio eran las condiciones bajo las cuales el alma encontraba el mundo y era encontrada por Dios. El cuerpo no era una prisión. Era el vehículo del cruce.

El cuerpo resucitado es ese vehículo consumado. El soma pneumatikon de Pablo — cuerpo espiritual — no es un cuerpo hecho de espíritu, como si la materia se disolviera en inmaterialidad. Es un cuerpo plenamente animado por y receptivo al Espíritu, ya no sujeto a la entropía y la fragmentación que hicieron de la encarnación temporal el sitio de las consecuencias de la Caída. Es el mismo cuerpo — reconocible, particular, portando su historia — pero ya no generando tiempo, ya no requiriendo sucesión, ya no dependiendo del cambio para su existencia. El contraste de Pablo no es entre material e inmaterial, sino entre dos modos de existencia corporal: el cuerpo que recorre el punto de cruce en el exilio, sujeto a la muerte y la decadencia; y el cuerpo que mora en el punto de cruce en participación, incorruptible, fundamentado en la presencia eterna que siempre lo sostuvo. El cuerpo que una vez llevó al alma a través del cruce se convierte en el cuerpo que permanece en él.

Es encarnación sin devenir. Presencia sin proceso. La persona, entera y completa, morando en el punto de cruce no como un viajero de paso sino como alguien que ha llegado a casa.

Esto es lo que la tradición quiere decir cuando afirma que conoceremos como somos conocidos. No que el conocimiento se vuelva fácil — aunque lo hace. No que el amor se vuelva perfecto — aunque lo hace. Sino que el punto de cruce, que tocamos en cada momento de nuestro viaje temporal y que fundamentaba cada acto de nuestra voluntad lo supiesemos o no, se convierte en el modo permanente de nuestra existencia.

Siempre estuvimos en el Ahora. Siempre fuimos llamados. Siempre estuvimos en el lugar donde la misericordia estaba presente y la voluntad tenía que elegir su orientación.

En el Cielo, esa elección ha terminado. No porque la libertad sea abolida sino porque ha alcanzado aquello para lo que siempre fue libre.

El reloj que Alfónso oyó — tic-tac eternamente en la habitación vacía — y el descanso que Agustín buscaba — el corazón que no puede descansar hasta que descansa en Dios — no son dos descripciones de dos vidas diferentes después de la muerte. Son dos descripciones del mismo punto de cruce, visto desde dos orientaciones permanentes de la voluntad.

Un alma en el centro, mirando hacia la luz.

Un alma en el centro, mirando en dirección contraria.

El Ahora es el mismo. La misericordia es la misma. El eje es el mismo.

La diferencia es solo la dirección del rostro.

El tiempo no termina desapareciendo, sino dejando de ser necesario.

R E F E R E N C I A S

Escritura: 1 Corintios 13:12; 1 Corintios 15; Mateo 5:25–26; Mateo 25:31–46; Marcos 3:29; 1 Timoteo 2:4; 2 Macabeos 12:38–46.

Agustín de Hipona. Confesiones.

Alfónso Liguori. Preparación para la muerte.

Boecio. La consolación de la filosofía.

C.S. Lewis. El gran divorcio.

Dante Alighieri. La Divina Comedia.

Catecismo de la Iglesia Católica. CCC 1020–1060.

Gaitan, O. (2026). Does time need me, or do I need time? Zenodo. https://doi.org/10.5281/zenodo.19558895

Gaitan, O. (2026). Where are you? On mercy, will, and the crossing point. Zenodo. https://doi.org/10.5281/zenodo.19559034